

se ha atrevido á nombrar de un tirón junto con Gœthe ¹, por la sola razón, probablemente, que el sonido del nombre del gran poeta alemán en la pronunciación francesa tiene cierta semejanza con el de Gautier, pero del cual uno de sus admiradores, M. J.-K. Huysmans, dice: «Des Esseintes (el protagonista de su novela) llegaba también hasta desinteresarse de la obra de Gautier; su admiración por ese hombre, incomparable pintor de sentimientos, había ido disolviéndose de día en día, y permanecía en aquel entonces más asombrado que seducido por sus descripciones en cierto modo indiferentes. La impresión de los objetos se había fijado en su mirada tan perspicaz, pero se había localizado en sus ojos, no había penetrado más adentro en sus sesos y en su carne; del mismo modo que un prodigioso reflector, se había constantemente limitado á reverberar con una claridad impersonal, sobre cosas alrededor ²».

Al considerar á Gautier como un espejo impersonal de la realidad, M. Huysmans es víctima de una ilusión de óptica. En verso como en prosa, Gautier es un obrero mecánico que enfila unos en pos de otros adjetivos chispeantes, sin propósito determinado. Sus descripciones no dan nunca un contorno neto del objeto que quiere pintar; recuerdan esos mosaicos groseros del último período bizantino cuyas diferentes piedras son lapis-lázulis, malaquitas, crisoprasas y jaspes, y que producen por este motivo la impresión de una riqueza bárbara, pero permiten apenas reconocer todavía un dibujo cualquiera. En su egotismo desprovisto de toda simpatía por el mundo exterior, no sospecha que su espectáculo encierra dolores y alegrías, y del propio modo que no siente nada, á su aspecto, no puede tampoco, con sus tentativas distraídas y amaneradas para reproducirlo, suscitar en el lector

¹ Barbey d'Aureville, *Gœthe y Diderot*, París 1882.

² J. K. Huysmans, *Al revés*, cuarto millar, París 1892, pág. 251.

emociones de ninguna clase. Las únicas emociones de que es capaz—abstracción hecha del orgullo y de la vanidad—son las excitaciones sexuales, y esto explica que no se encuentra en sus obras más alternativas que entre la frialdad glacial y la lascivia.

Si se exagera el culto de la forma de Teófilo. Gautier y su lubricidad, y si á su indiferencia hacia el mundo y los hombres se asocia la aberración que la hace degenerar en predilección por el mal y lo repugnante, se tiene enfrente de uno la figura de Baudelaire. Tenemos que detenernos en su examen, dado que Baudelaire es, aún más que Gautier, el jefe intelectual y el modelo de los parnasianos, y su influencia domina de una manera omnipotente sobre una parte de la generación actual de los poetas y escritores franceses, y también de los poetas y escritores ingleses.

No es necesario demostrar prolijamente que Baudelaire era un degenerado. Ha muerto de parálisis general, después de haberse revolcado durante largos meses en los grados más abyectos de la demencia. Pero aun cuando un fin tan horrible no hubiese puesto el diagnóstico al abrigo de todo ataque, no por eso hubiera sido dudoso, habiendo acusado Baudelaire durante toda su vida todos los estigmas intelectuales de la degeneración. Era á la vez místico y erotómano ¹, tomaba haschich

¹ Paul Bourget, *op. cit.*, pág. 6: «Es libertino, y visiones depravadas hasta el sadismo perturban á ese mismo hombre que acaba de adorar el dedo levantado de su Madona. Las tristes embriagueces de la Venus vulgar, los ardores que trastornan de la Venus negra, las refinadas delicias de la Venus sabia, las criminales audacias de la Venus sanguinaria, han ido dejando reminiscencias suyas en los poemas más espiritualizados de Baudelaire. Se exhala como un vaho de alcoba infame de esos... versos...» Y, pág. 19: «...No es esto lo que ocurre con el alma mística—y la de Baudelaire lo era; puesto que su alma no se contentaba con una fe en una idea. Veta á Dios, que era para ella, no ya una palabra, no ya un símbolo, no ya una abstracción, sino un ser en la compañía del cual el alma vivía como vivimos con un padre que nos ama.»

y opio¹, se sentía atraído de una manera característica hacia los demás degenerados, dementes ó depravados, y apreciaba, por ejemplo, en el más alto grado entre los escritores al ricamente dotado pero demente Edgardo Poe, y al aficionado al opio Tomás de Quincey. Tradujo las narraciones del primero consagrándoles un estudio biográfico y crítico entusiasta, y sacó de las *Confesiones de un aficionado al opio* del segundo un extracto importante que acompañó con un comentario exuberante.

Las singularidades del espíritu de Baudelaire se nos revelan en la recopilación de sus poesías á la cual ha dado un título que denota á la vez el conocimiento que tenía de sí mismo y su cinismo: *Las Flores del Mal*. La recopilación no es completa; faltan algunas poesías que sólo circulan en manuscrito, porque son demasiado infames para soportar la plena publicidad del libro de venta corriente. Pero quiero tomar mis citas únicamente de los versos impresos, que bastan por completo para caracterizar á su autor.

Baudelaire odia la vida y el movimiento. En la poesía titulada *Las Lechuzas*, nos muestra á esos pájaros que permanecen situados, inmóviles, bajo los tejos negros, y continúa:

Sus actitudes al sabio enseñan—Que es preciso en este mundo temer—El tumulto y el movimiento.

El hombre embriagado por una sombra que pasa—Lleva siempre el castigo—De haber querido cambiar de sitio.

¹ Teófilo Gautier, que fué también miembro de un club de afinados de haschich, trata, á la verdad, de hacernos creer (*Las Flores del Mal*, páginas 57 y siguientes) que Baudelaire se entregó al uso de los venenos narcóticos únicamente con un objeto de «experiencia fisiológica»; pero conocemos la inclinación de todos los degenerados á presentar impulsiones de que se avergüenzan como libres actos de voluntad para los cuales tienen toda clase de explicaciones atenuantes.

La Belleza dice de sí misma, en la poesía así titulada:

Odio el movimiento que cambia las líneas;—Y nunca lloro y nunca río.

Tanto como aborrece lo natural, otro tanto ama lo artificial. He aquí cómo describe su mundo ideal (*Sueño parisiense*):

De ese terrible paisaje—Que nunca vieron ojos mortales,—Aun esta misma mañana, la imagen,—Vaga y lejana, me sedujo...

Había desterrado de estos espectáculos—Al vegetal irregular...

Saboreaba en mi cuadro—La embriagadora (!) monotonía—Del metal, del mármol y del agua.

Babel de escaleras y de arcadas,—Era un palacio sin fin,—Lleno de estanques y de cascadas—Que caían en el oro mate ó bruñido;

Y cataratas pesadas,—Como cortinas de cristal,—Colgaban, deslumbradoras,—De paredes de metal.

No árboles, sino columnatas—Rodeaban los estanques dormidos,—Donde gigantescas náyades,—Como mujeres, se miraban.

Capas de agua se derramaban, azules,—Entre muelles rosados y verdes,—Extendiéndose en millones de leguas,—Hacia los confines del universo;

Eran piedras nunca vistas—Y raudales mágicos; eran—Inmensos espejos deslumbrados—Por todo lo que reflejaban.

Y todo, hasta el color negro,—Parecía bruñido, claro, irisado...

Ni un astro siquiera, ni un vestigio—De sol, ni siquiera donde acaba el horizonte,—Para iluminar estos prodigios—Que brillaban con un fuego personal (!).

Y sobre estas móviles maravillas—Se cernía (¡terrible novedad! —¡Todo para la vista, nada para el oído!)—Un silencio de eternidad.

Tal es el mundo que él se representa y que le entusiasma: nada de planta «irregular», ni sol, ni astros, ni movimiento alguno, ni ruido, nada más que metal y vidrio; es decir algo semejante á un paisaje de hoja de lata de

Nuremberg, sólo que más grande y de materia un poco más fúrica, un juguete para el niño de un millonario americano que padece la locura de riquezas de los advenedizos, con una lamparita eléctrica en lo interior y un mecanismo que hace girar lentamente las cascadas y hace deslizarse las capas de agua de vidrio. Tal debe ser necesariamente el aspecto del ideal que un degenerado egotista se forma del universo. La naturaleza le deja frío ó le repele, porque ni la apercibe ni la comprende. Allí donde el hombre sano ve el cuadro del mundo exterior, el egotista está rodeado por un vacío negro en el cual flotan á lo sumo formas nebulosas incomprensibles. Para sustraerse á su horror, proyecta, él, como si se tratara de una linterna mágica, las sombras coloreadas de las representaciones que llenan su conciencia; pero estas representaciones son rígidas, perezosas, monótonas y añiadas como los centros cerebrales enfermos y débiles que las elaboran.

La incapacidad del egotista para experimentar con precisión las impresiones exteriores y lo penosamente que trabaja su cerebro, son también la clave del espantoso tedio de que se lamenta Baudelaire y del profundo pesimismo con el cual contempla el mundo y la vida. Oigámosle en *El Viaje*:

Hemos visto por todas partes...—El espectáculo aburrido del inmortal pecado:—

La mujer, esclava vil, orgullosa y estúpida,—Sin reír adorándose y amándose sin asco;—El hombre, tirano voraz, lascivo, duro y codicioso,—Esclavo de la esclava y arroyo en la cloaca;—

El verdugo que goza, el mártir que solloza;—La fiesta que sazona y perfuma la sangre;...—

Y los menos tontos, atrevidos amantes de la demencia,—Huyendo del gran rebaño encerrado por el Destino,—Y refugiándose en el opio inmenso (!)—Tal es del globo entero el eterno boletín...

¡Oh Muerte, viejo capitán, ya es tiempo, levemos el ancla!—Este país nos aburre, ¡oh Muerte! ¡Démonos á la vela!—

Queremos...—Sumergirnos en el fondo del abismo, Infierno ó

Cielo, ¿qué importa?—¡En el fondo de lo Desconocido, para encontrar algo nuevo!—

Este grito desesperado pidiendo algo «nuevo», es el lamento natural de un cerebro que aspira al sentimiento de placer del funcionamiento y reclama ávidamente una excitación que sus nervios sensoriales impotentes no pueden darle. Que un hombre sano se represente el estado de espíritu en que caería si le encerraran en una celda donde no llegase hasta él ningún rayo de luz, ningún ruido, ningún perfume del mundo exterior; tendría entonces una idea exacta del estado de alma permanente del egotista, que la imperfección de su sistema nervioso aísla eternamente del universo, de su rumor alegre, de sus cuadros variables, de su agitación que cautiva. Baudelaire no puede sino aburrirse horriblemente, dado que su espíritu no aprende realmente nada nuevo ni divertido y se ve obligado á sumirse sin descanso en la contemplación de su «yo» doliente y gemidor.

Los únicos cuadros que pueblan el mundo de su pensamiento son cuadros sombríos, odiosos y abominables. Dice (*Un Muerto alegre*):

En una tierra repleta de grasas podridas y de caracoles—Quiero cavar yo mismo una fosa profunda—Donde pueda á gusto tender mis viejos huesos—Y dormir en el olvido como un tiburón en las ondas...

Antes que implorar una lágrima del mundo,—Vivo, preferiría invitar á los cuervos—A sangrar todas las puntas de mi osamenta inmunda.

¡Oh gusanos! negros compañeros sin orejas y sin ojos,—¡Ved venir á vosotros un muerto libre y alegre!

En *La Campana cascada*, dice, refiriéndose á sí mismo:

... Mi alma está cascada, y cuando en sus tedios—Quiere con sus cantos poblar el aire frío de las noches,— Sucede á menudo que su voz debilitada—

Semeja el estertor de un herido á quien olvidan—Al borde de un lago de sangre, debajo de un gran montón de muertos.—

Spleen:

... Mi triste cerebro...—Es... un inmenso sótano—Que contiene más muertos que la fosa común.—Soy un cementerio aborrecido por la luna—Por donde, como remordimientos, se arrastran largos gusanos...

Horror simpático:

¡Cielos desgarrados como playas arenosas,—En vosotros se contempla mi orgullo!—¡Vuestras vastas nubes de luto—

Son los ataúdes de mis ensueños,—Y vuestros fulgores son el reflejo—Del Infierno donde mi corazón se complace!

La Puesta del sol romántica:

Un olor de tumba en las tinieblas flota,—Y mi pie miedoso magulla, al borde del charco,—Sapos imprevistos y frías limazas.

Danza macabra. El poeta se dirige á un esqueleto:

No faltarán quienes te llamarán una caricatura,—Los que no comprenden, amantes ebrios de carne,—La elegancia sin nombre de la humana armazón.—¡Tú respondes, gran esqueleto, á mi gusto máspreciado!...

Una Carroña:

Acuérdate del objeto que vimos, alma mía,—Aquella hermosa mañana de verano tan apacible:—A la vuelta de un sendero una carroña infame—Sobre un lecho sembrado de guijarros,

Las patas al aire, como una mujer lúbrica,—Ardiente y exudando venenos,—Abría de una manera abandonada y cínica—Su vientre lleno de exhalaciones...

Y el cielo miraba la carroña soberbia (!)—Como una flor abrirse—El hedor era tan fuerte, que sobre la yerba—Creíste desmayarte...

—Y sin embargo, serás semejante á esa porquería,—A esa horrible infección,—Estrella de mis ojos, sol de mi naturaleza,—¡Tú!, ¡mi ángel y mi pasión!

Sí, tal serás, ¡oh, reina de las gracias!—Después de los últimos sacramentos,—Cuando vayas, bajo la yerba y los florecimientos grasientos,—A pudrirte entre las osamentas...

En lo que Baudelaire encuentra mayor gusto es en esos cuadros de muerte y de podredumbre que podría citar en mayor número aún, si no creyera que basta con estos ejemplos; pero al lado de lo horrible y de lo repugnante son lo enfermizo, lo criminal y lo lúbrico lo que ejerce sobre él atracción más fuerte:

El Ensueño de un curioso:

¿Conoces, como yo, el dolor sabroso?...

Spleen:

Mi gato sobre las baldosas, buscando un sitio en qué echarse—Agita sin descanso su cuerpo flaco y sarnoso...

El Vino del solitario:

Un beso libertino de la flaca Adelina...

El Crepúsculo de la noche:

He aquí el obscurecer encantador, amigo del criminal;...—Y el hombre impaciente se trueca en bestia fiera...

La Destrucción:

Sin cesar á mi lado se agita el Demonio...—Me lo trago y siento que abrasa mis pulmones—Y los llena de un deseo eterno y culpable...

Me conduce...—Jadeante y destrozado por la fatiga, en medio—De las llanuras del Tedio, profundas y desiertas,

Y arroja á mis ojos...—¡Vestidos manchados, heridas abiertas,—Y el aparato sangriento de la Destrucción!

En *Una Mártir* se complace en describir con detalles un dormitorio en el cual una joven cortesana, que es de presumir sea bonita, ha sido degollada; el asesino le ha

cortado la cabeza y se la ha llevado; el poeta no siente curiosidad más que por saber una cosa:

¿El hombre vengativo que no has podido, viva,—A pesar de tanto amor, saciar,—Satisfizo sobre tu carne inerte y complaciente —La inmensidad de su deseo?

Mujeres condenadas, poesía consagrada á la peor aberración de las mujeres degeneradas, termina con este apóstrofe extático dirigido á las heroínas del vicio contra naturaleza:

¡Oh, vírgenes! ¡Oh, demonios! ¡Oh, mónstruos! ¡Oh, mártires,— De la realidad grandes espíritus despreciadores,—Buscadoras de infinito, devotas y sátiras,—Que tan pronto gritáis y tan pronto lloráis,

Vosotras, que hasta vuestro infierno mi alma ha perseguido,— Pobres hermanas, os amo tanto como os compadezco...

Prefacio:

Si la violación, el veneno, el puñal, el incendio,—No han bordado aún con sus divertidos dibujos—La tela trivial de nuestros lastimosos destinos,—Es que nuestra alma, ¡ay! no es bastante atrevida...

Pero si Baudelaire no es bastante atrevido para cometer por su mano crímenes, no permite que se dude ni por un momento que siente amor hacia ellos y los prefiere con mucho á la virtud, del mismo modo que prefiere al buen tiempo de verano y primavera los « fines de otoño, inviernos, primaveras caladas por las brumas » (*Brumas y Lluvias*). Es « hostil al universo más bien que indiferente » (*Los siete Ancianos*). El espectáculo del dolor le deja frío, y si alguien vierte lágrimas en su presencia no evocan en su espíritu sino la imagen de un paisaje donde hay agua corriente.

Madrigal triste:

¿Qué me importa que seas honrada?—¡Sé bella y sé triste! Las lágrimas—Añaden un atractivo al rostro,—Como el río al paisaje.

En la lucha entre *Abel y Caín* toma sin vacilar la defensa de éste último:

Raza de Abel, duerme, bebe y come;—Dios te sonríe afablemente.

Raza de Caín, en el fango — Arrástrate y muere miserablemente.

Raza de Abel, tu sacrificio—Halaga el olfato del Serafín.

Raza de Caín, ¿tu suplicio—Tendrá jamás un fin?

Raza de Abel, vé tus sembrados—Y tu ganado crecer y criarse con bien;

Raza de Caín, tus entrañas—Aullan el hambre, como un perro viejo.

Raza de Abel, calienta tu vientre—En tu hogar patriarcal;

¡Raza de Caín, en tu antro—Tiembla de frío, pobre chacal!

¡Ah, raza de Abel, tu carroña—Engrasará el suelo humeante!

Raza de Caín, tu faena—No está hecha suficientemente.

Raza de Abel, he aquí tu vergüenza:—El hierro es vencido por la pica!

Raza de Caín, sube al cielo—Y arroja á Dios sobre la tierra!

Si reza, es al diablo (*Las Letanías de Satán*):

¡Gloria y alabanza á ti, Satán, en las alturas—Del Cielo, en donde reinaste, y en las profundidades—Del Infierno, donde, vencido, sueñas en silencio!—Haz que mi alma un día, bajo el Árbol de la Ciencia,—A tu lado descanse...

Aquí se mezcla, con la aberración, ese misticismo que nunca falta en el degenerado. El amor del mal no puede naturalmente revestir la forma de la adoración del diablo, del diabolismo, sino á condición de ser creyente, de considerar lo sobrenatural como una cosa real. Sólo aquel que está arraigado con todos sus sentimientos en la fe religiosa, buscará, si padece de aberración moral, una voluptuosidad en la adoración de Satán, en el ultraje apa-

sionado dirigido á Dios y al Salvador, en la profanación de los símbolos de la fe, ó querrá aguijonear su voluptuosidad contra naturaleza por el pecado mortal y la condenación infernal, sacrificando á Satán en la «misa negra», en presencia de un verdadero sacerdote consagrado, y parodiando de una manera repugnante todas las formas de la liturgia.

Junto con el diablo, Baudelaire no adora más que á un poder aún: la voluptuosidad. La suplica en estos términos (*La Oración de un pagano*):

¡Ah, no amortigües tus llamas!—Calienta mi corazón aterido,—
¡Voluptuosidad, tortura de las almas...!—¡Voluptuosidad, sé tú siempre mi reina!

Para completar el retrato de este espíritu, citemos todavía dos de sus singularidades. Sufre en primer término angustias perpetuas, como lo atestigua su poesía *El Abismo*, que tiene el valor de una confesión:

—... ¡Todo es abismo,—acción, deseo, ensueño,—Palabral, y sobre mi pelo que se eriza—Muchas veces del miedo siento cruzar el hálito.

Arriba, abajo, en todas partes, la profundidad, el arenal.—El silencio, el espacio horrible y que cautiva...—Sobre el fondo de mis noches, Dios, con mano sabia,—Dibuja una pesadilla multiforme y sin tregua.

Tengo miedo del sueño como se tiene miedo de un gran agujero,—Lleno de vago horror, que lleva no se sabe á dónde;—No veo más que infinito desde todas las ventanas,

Y mi espíritu, siempre por el vértigo invadido,—Envidia de la nada la insensibilidad.

Baudelaire describe en estos versos con bastante exactitud esa obsesión de los degenerados que se ha llamado «el miedo de los abismos» (cremnofobia¹). Su segunda singularidad es su preocupación por los olores; pone en

¹ Dr. E. Régis, *Manual práctico de medicina mental*, 2.^a edición. París 1892, pág. 279.

ellos su atención, los interpreta, provocan en él toda clase de sensaciones y de asociaciones de ideas. A este propósito, se expresa de este modo en *Correspondencias*:

Los perfumes, los colores y los sonidos se corresponden.

Hay perfumes frescos como carnes de niños,—Suaves como los óboes, verdes como las praderas,—Y hay otros; corrompidos, ricos y triunfantes,

Que tienen la expansión de las cosas infinitas,—Como el ámbar, el almizcle, el benjuí y el incienso,—Que cantan los transportes del espíritu y de los sentidos.

Ama á la mujer con el olfato... («El perfume de tus encantos extraños», *A una Malabaresa*), y no deja nunca, al describir á una querida, de mencionar el olor que exhala.

Perfume exótico:

Quando los dos ojos cerrados, en una tibia noche de otoño,
—Respiro el olor de tu seno caliente,—Veo deslizarse riberas felices—Que deslumbran los fuegos de un sol monótono.

La Cabellera:

¡Oh mata de pelo cayendo suelta hasta la espalda!—¡Oh bucles!
¡Oh perfume saturado de abandono!...

¡La lánguida Asia y la ardorosa Africa,—Todo un mundo lejano, ausente, casi difunto,—Vive en tus profundidades, bosque aromático!

Naturalmente, Baudelaire prefiere á los buenos olores los perfumes que para el hombre sano constituyen una fetidez. La podredumbre, la descomposición, la pestilencia son un regalo para su olfato.

El Frasco:

Hay fuertes perfumes para los cuales toda materia—Es porosa. Se diría que penetran á través del vidrio...—A veces se encuentra uno un viejo frasco que se acuerda,—De dónde brota viva un alma de aparecido.

He ahí el recuerdo embriagador que revolotea—En el aire revuelto; los ojos se cierran; el vértigo—Se apodera del alma vencida y la empuja con fuerza—Hacia un abismo oscuro de miasmas humanos;

La arroja á tierra al borde de un abismo secular.—Donde, Lázaro perfumado desgarrando su sudario.—Se mueve al despertar el cadáver espectral—De un viejo amor rancio, encantador y sepulcral.

Así, cuando yo estaré olvidado en la memoria—De los hombres, en el rincón de un siniestro armario—Cuando me hayan tirado, viejo frasco desolado,—Decrépito, polvoriento, sucio, abyecto, viscoso, agujereado,

¡Yo seré tu ataúd, amable pestilencial—El testigo de tu fuerza y de tu virulencia, — Querido veneno preparado por los ángeles!...

Conocemos ahora ya todos los rasgos de que se compone el carácter de Baudelaire. Tiene el «culto de sí mismo»¹; aborrece la naturaleza, el movimiento, la vida; sueña con un ideal de inmovilidad, de silencio eterno, de simetría y de artificial; ama la enfermedad, la fealdad, el crimen; todas sus inclinaciones son opuestas en una profunda aberración á las de los seres sanos; lo que encanta su olfato es el olor de podredumbre; sus ojos, la vista de las carroñas, de la sania y del dolor ajenos; se siente á gusto en la estación de otoño fangosa y nublada; sus sentidos no son excitados sino por el placer contra naturaleza. Se queja de un espantoso aburrimiento y de sentimientos de ansiedad; su espíritu no está lleno más que de representaciones sombrías, su asociación de ideas trabaja exclusivamente valiéndose de imágenes tristes ó repugnantes; la única cosa que puede distraerle é interesarle es el mal: muerte, sangre, lujuria, mentira. Dirige sus oraciones á Satán y aspira al infierno.

Ha tratado de hacer pasar sus singularidades por una comedia y una afectación estudiada. Dice en una nota puesta á la cabeza de la primera edición (1857) de las

¹ *Las Flores del Mal*, pág. 5.—La frase es de Teófilo Gautier.

Flores del Mal: «Entre los trozos que siguen, el más caracterizado... no ha sido considerado, por lo menos por las gentes de ingenio, sino por lo que es en realidad: el plagio de los razonamientos de la ignorancia y del furor. Fiel á su doloroso programa, el autor ha tenido, como un perfecto cómico, que modelar su espíritu en todos los sofismas como en todas las corrupciones. Esta declaración cándida no impedirá sin duda á los críticos honrados colocarle entre los teólogos del populacho, etc.» Algunos de sus admiradores aceptan esta explicación ó aparentan aceptarla. «Su intenso menosprecio del vulgo»—susurra suavemente M. Paul Bourget—«estalla en paradojas extremadas, en mixtificaciones laboriosas... En muchos lectores, aun de los más perspicaces, el miedo de ser juguetes de un engaño por parte de este gran desdeñoso impide la plena admiración»¹. La palabra se ha convertido en un lugar común crítico, tratándose de Baudelaire; es un «mixtificador»; todo, en él, no es más que un engaño; él mismo no siente ni cree nada de lo que expresa en sus poesías. Es una sarta de desatinos, y nada más. Un retor de la clase de M. Paul Bourget, que se pasa la vida desgranando paja y ajustando recortes de papel, puede creer que un hombre libre interiormente es capaz de conservar artificialmente toda su vida la actitud de un galéote y de un loco, á sabiendas de que tan sólo representa una comedia; pero el hombre del oficio sabe que la elección de una manera á lo Baudelaire es por sí sola una prueba de perturbación cerebral profunda. La psiquiatría ha hecho constar que las personas que simulan con alguna perseverancia la locura, aunque sea con un objeto razonable, como por ejemplo, ciertos criminales ante la justicia para eludir el castigo, están casi sin excepción realmente locas², aunque no en el grado que afectan estarlo,

¹ Paul Bourget, *op. cit.*, pág. 31.

² Ch.-J.-J. Sazaret, *Estudio sobre la simulación de la locura*, Nancy, 1888. Este escrito de un principiante, que encierra una re-

del mismo modo que la tendencia á acusarse ó vanagloriarse de crímenes imaginarios es un síntoma conocido de histeria. La afirmación del mismo Baudelaire, que su satanismo no es más que un papel estudiado, no tiene ninguna clase de valor. Así como se produce con tanta frecuencia en los degenerados superiores, siente en sus adentros más íntimos que sus aberraciones son enfermedades y que todas las gentes normales le despreciarían ó le tendrían lástima si estuvieran convencidas de que es en realidad lo que se vanagloria de ser en sus poesías; recurre por consiguiente á la excusa pueril que los malhechores tienen también con frecuencia en los labios: «que todo eso era broma.» Quizás también la conciencia de

unión útil de observaciones clínicas, es singularmente divertido porque todas las observaciones citadas por el autor demuestran exactamente lo contrario de lo que se propone demostrar. Después de haber establecido él mismo (pág. 22) que «las víctimas de la histeria son muy propensas á simular toda clase de enfermedades», dice (pág. 29): «Las gentes que padecen enajenación mental simulan á veces la locura; este hecho es raro, pero sin embargo ha sido notado, y si no lo ha sido con más frecuencia, depende, en nuestro sentir, de que se han limitado á un examen superficial y de no haber analizado ciertos actos». Tan poco raro es el hecho que puede demostrarse en cada observación citada por el autor. En el caso de Baillarger (segunda observación), la pretendida simuladora había sido recluída ocho años antes en un asilo de dementes en calidad de loca perfectamente auténtica; en el caso de Morel (cuarta observación) el simulador «tuvo, al ver un bisturí, verdaderas crisis de nervios», lo cual es sin duda alguna aicmofobia y un estigma indudable de degeneración; en la sexta observación, Morel admite que «la extravagancia del sujeto observado, su miedo al veneno (¡así pues iofobia pronunciada!), y el hecho de recoger inmundicias indican un desorden mental posible»; el caso de Foville (décima observación) «había un cierto número de locos en su familia»; el caso de Legrand du Saulle (décima-octava observación) era «hijo de mujer histérica, nieto de loco»; el caso de Bonnet y Delacroix (décima-novena observación) «cuenta locos entre sus ascendientes»; el caso de Billod (vigésima-segunda observación) «ha presentado con frecuencia perturbaciones y delirio», etc. Todos estos pretendidos simuladores eran locos sin género alguno de duda, y el hecho de que han exagerado con intención los síntomas de su delirio, no era sino una prueba más de su locura.

Baudelaire experimentaba un horror sincero de los instintos perversos de su inconsciente y trataba de hacerse creer á sí mismo que con su satanismo se burlaba de los *filisteos*. Pero semejante atenuación *á posteriori* no puede engañar al psicólogo y no tiene importancia ninguna para su juicio.